

II. LA BELLEZA DE DIOS

Carlos Bousoño define el arte como la contemplación desinteresada de la forma, de tal manera que ella, por sí misma, se vaya haciendo significativa. (Bousoño C., Teoría de la expresión poética. Madrid 7ª ed. 1985. Vol. I. p. 84).

Podemos decir, con palabras más sencillas, que ante una imagen, un escrito o una música, si adoptamos una actitud abierta y contemplativa, ayudados por la fe, podemos alcanzar una verdad, un mensaje que a simple vista permanece oculto.

Esta percepción profunda de la realidad, nos introduce en la experiencia de Dios. La experiencia de Dios, siempre que es auténtica, da tal plenitud de vida y de sentido que provoca la creación de belleza.

Cada vez que nos acercamos a la verdad, descubrimos el verdadero sentido de la realidad, el alma se llena de serena seguridad y este estado del alma crea belleza.

La belleza nos prepara para la contemplación de Dios. La verdad, siempre sencilla e insobornable, da el sentido a la vida y motiva el cambio y el compromiso.

Belleza ética, artística, espiritual, formal, sorprendente, siempre arraigada en historias concretas. Estas son las huellas de aquel que anda por donde Dios pasa y se nos acerca.

Partiendo, pues, de estas premisas, que la contemplación de Dios entra dentro del mundo del arte y que la calidad de tal vivencia es tan alta que provoca la creación de belleza, debemos proclamar que la fe cristiana es una contemplación de la belleza de Dios, que necesariamente se irradia y multiplica en las diferentes expresiones de sus testigos: los evangelistas, los místicos, los artistas y el pueblo con todas las tradicionales manifestaciones de su fe y de su piedad.